

LA CULTURA CONFORME AL ESPIRITU UNIVERSITARIO

CARLOS MONGE ALFARO

Rector de la Universidad de
Costa Rica.

La Universidad de Costa Rica comparece, en germinal convivio, con devoción y fe en futuro a esta cita de la historia de la cultura y de la Educación en Centroamérica. Y comparece llena de regocijo, con cariño y pasión por el común destino de quienes vivimos en este angosto y opulante puente de las Américas, porque un grupo de universidades pequeñas está escribiendo en los tiempos que corren brillante página en los anales de la fraternidad americana. Sí, aquí estamos representando a los universitarios centroamericanos para otear en este bogar por el mar de la cultura más venturosas playas en donde reinen la libertad y la justicia como esencia y pliegues a un tiempo del espíritu. Estamos aquí para dar un paso más en la eterna aventura del hombre por redimirse de aquellos poderes o fuerzas que lo esclavizan, que no le dejan avisorar horizontes renovados, que le mantienen unido a la tierra, rumiando sinsabores, amargado, al margen de la cultura y de la democracia, presto a engrosar aquellas filas que le ofrezcan paraísos fermentados. Venimos también a rendir cuentas a nuestros pueblos generosos y trabajadores, que nos han otorgado su confianza y puesto en nuestras manos la formación de generaciones centroamericanas que respondan al reto de la historia, estamos aquí para informar de la labor realizada en programas discutidos y consentidos por todos.

Una idea, una inquietud, surgida allá por el año de 1948 en la mente de un grupo de nobles compañeros "Carlos Martínez Durán, José Roltz Benneth, Fernando Baudrit", plasmó un organismo que al principio anduvo a gatas, mas después, azicateado por el rigor y el imperativo de la época y el desarrollo de una conciencia clara y precisa de la misión universitaria, convirtiéndose en el instrumento al servicio de la cultura y, de modo especial, de las juventudes ansiosas de superación. Al calor del aliento y de la esperanza de unos pocos visionarios surgió el Consejo Superior Universitario Centroamericano —CSUCA—, empresa común, en la cual se iban a poner a prueba la inteligencia, la voluntad y los superiores intereses de la educación y de la cultura de nuestros países centroamericanos. La iniciativa, brillante como pocas, produjo entusiasmo entre los fundadores, quienes pusieron empeño y talento para desarrollarla y hacer de ella una gran institución al servicio de la ciencia, del arte y de la técnica y de una humanidad mejor. Tropiezos hubo, a veces el fuego que le dio vida estuvo a punto de extinguirse. Sin embargo, adalides de la educación superior de nuestras Repúblicas, soñando en una Centroamérica grande por el espíritu y la cultura, deseosos de hallar un medio de acertar a nuestro pueblo, lograron en 1959 en León de Nicaragua fortalecer sus bases. Y en poco tiempo el CSUCA se nos

aparece ya como el pan bíblico —sagrado e integrador— para unir a los hombres de nuestro fragmentado Istmo en el espíritu, en las concepciones educativas y en la acción. Su despliegue ha sido tan extraordinario que ha constituido la fuerza vital que empieza a despertar el soterrado "ser" centroamericano, que durante años sufrió el peso de una historia llena de incomprendiones, de desorbitadas ambiciones personales. Un "ser" sin amplio marco vital en donde desplegarse, distorsionado por legiones de caudillejos. Esta cita histórica nos hace meditar, precisamente, en la historia de nuestros pueblos, y preguntarnos: Por qué Centroamérica —creadora de señeras culturas indígenas, obra en espíritus finos, observadores atentos de la naturaleza, artífices de técnicas con las cuales hicieron bellas formas artísticas de religiones avanzadas por sus teogonías— por qué, repetimos, durante los siglos XIX y XX bajó de tono histórico? Nuestras pueblos, al igual que el resto de las hijas de España, recibieron el mismo mensaje espiritual hispánico, y aportaron —una más, otras menos— el legado indígena. Por qué, al variar de rumbo entró en un período de cruentas luchas, de odios y divisiones e intereses mezquinos? La respuesta es, si cabe alguna en la interpretación de los hechos, que nuestros países han vivido en un permanente proceso de sedimentación, sin crear terreno firme en donde pudiera crearse una humanidad libre y democrática. La idea de unidad —quizá secuela de la participación en una circunscripción administrativa colonial, la antigua Capitanía General de Guatemala—, movió a los padres fundadores de la República Federal Centroamericana. Mas los restos jurídicos que le dieron vida no fueron factor suficiente para asegurar una armoniosa y creadora convivencia. Extinguidos el idealismo y romanticismo de los pioneros del 824, las instituciones políticas cayeron bajo el dominio de caudillos bárbaros, de grupos separados por odios y apetencia de poder que unidad podría forjarse con tales conductores, y mentes vesánicas?

Como contrapartida de esa historia de espadas y esclavitud, ha surgido, en los últimos años, esta bella floración de la inteligencia y del sentimiento de los centroamericanos que llamamos con cariño y devoción, el Consejo Superior Universitario Centroamericano. Los centroamericanos, rompiendo los pesados estratos de una historia ciega e irracional, han empezado a tenderse la mano, a unir los corazones y las mentes y a señalar infinitas posibilidades y perspectivas a los pueblos de Centroamérica. Con satisfacción y honda complacencia nos vamos convirtiendo en arquitectos de un espíritu y de una voluntad comunes, de los cuales nos sentimos —porque lo somos— partícipes. Toda historia es producto de un sujeto —que

la crea y la lleva adelante—, de una modalidad y de un estilo de vida, en síntesis, de un hombre capaz de producir un mensaje significativo para la propia tierra y para el pueblo hijo de esa tierra. Los propósitos en los cuales inspira su pensamiento y su obra el CSUCA tienden a formar en Centroamérica espíritus selectos, amantes de la libertad y de la justicia, sensibles a las más finas manifestaciones de la cultura, a un tiempo conscientes del papel que nuestros pueblos le exigen que juegue en esta hora de redención. No podrían las Universidades del Istmo limitar su labor tan solo a transmitir cultura e incluso estimular el cultivo de la ciencia, no llenarían cabalmente su cometido si forjaran únicamente juventudes poseedoras de conocimientos. Sus inquietudes y metas van más allá, las Universidades son fuerzas plásticas al servicio de un destino superior, artífices, junto con otras instituciones de una historia en la cual el pueblo eleve su condición humana, descubra sus talentos y aptitudes y ejerza la libertad —sin claudicaciones ni limitaciones— inherente a todo régimen democrático cierto y verdadero. Las Universidades centroamericanas en armonioso y cordial concierto de voluntades y de generosas inquietudes, son agencias del conocimiento, pero también templo en el cual se cultivan y se forma la personalidad humana. He aquí, pues, la riqueza espiritual con que nuestros países del Istmo empiezan a beneficiarse —el culto a la persona humana, su protección y defensa en superiores formas de cultura—. Si los políticos se acercan al hombre en solicitud del voto o de la adhesión que veja o maltrata, a las universidades les interesa lo mismo, pero como posibilidad psicológica.

CSUCA es también un laboratorio, un taller de ideas, en el cual cada universidad en particular y todas en dinámica y creadora unidad constituyen un yunque en donde, por la acción inteligente y la influencia de una mística profunda, se forjan proyectos que han producido el milagro centroamericano de concertar voluntades, acercar a los hombres por la vía de la cultura y de los más altos ideales educativos. Hablamos de milagro en el sentido en que lo expresaron Renán en el siglo pasado y Henri Beer en el presente —aptitud creadora para forjar una patria del espíritu, común a todos los pobladores del Istmo, superando así la poderosa acción del marco geográfico, que en Centroamérica estimula el particularismo, el aislamiento, la división, la invertebración político-social, superando, en una palabra, la divergencia y la multiplicidad geográfica.

Henri Beer decía, refiriéndose al prodigio helénico

“El milagro sin duda no debe interpretarse según una filosofía providencialista de la historia, pero excluye, de otra parte, una filosofía de la historia rigurosamente lógica a la manera de los idealistas alemanes. El milagro implica contingencia. Un conjunto de contingencias favorables, un concurso excepcional de circunstancias felices que se hermanan con la lógica en el caso de un pueblo milagroso, como en el caso del “genio” y de la “obra maestra”

No es acaso un milagro en sentido helénico (refi-

nado producto del espíritu y, por lo tanto, del genio de nuestra “raza”) agrupar a las cinco universidades del Istmo en un organismo en el cual el espíritu, y sólo el espíritu es la fuerza que une? No se han superado las distancias geográficas, las diferencias personales, las ambiciones y rivalidades pequeñas o grandes que antaño las mantuvieron alejadas? No es por ventura un hecho histórico, insólito en la tradición centroamericana, el concierto de talentos, de intenciones, aspiraciones y propósitos educativos que significa la creación y el funcionamiento del CSUCA? En este sentido podemos afirmar lo mismo, orgullosos del milagro centroamericano, y predecir grandes y señeras realizaciones en bien de la Patria Común —convivencia armónica que enriquece con oportunidades de ser a todos los pueblos hermanos— Unir energías mentales, señalarse rutas y propósitos comunes, crear corrientes de pensamientos mediante la intervención de todos los universitarios centroamericanos, de simpatía, para sentarse a la mesa a analizar proyectos tendientes a mejorar la estructura y funcionamiento de las Universidades. O crear un frente común para abrir las vetustas puertas universitarias al mensaje nuevo de las ciencias, de las artes y de la técnica. O superar los temores y el poderoso peso de las tradiciones y lanzarse por el camino de reformas audaces en beneficio de la juventud. O hacer de Centroamérica un convivio de espíritus sagaces, deseosos de buscar honorable y digno sitio en la legión de los arquitectos de la integración cultural.

La Universidad del Estado es en cada uno de nuestros países institución popular, por su origen y por la humanidad a la cual sirve. Por su origen es hija del pueblo —éste la paga y la quiere porque la considera muy suya— y además sirve al pueblo. Al decir “institución popular” de una vez aclaremos que no es populachera ni demagógica. O sea, que sigue siendo universidad de estricto rigor académico, tanto en el sentido docente como en el científico. A ella llegan hijos humildes del pueblo, que por su talento se han ganado el honor de alcanzar altos grados profesionales. En ella adquieren el dominio de la ciencia y de la técnica con las cuales después servirán a la sociedad. Pero no menos importante es forjar en la juventud un apasionado respeto y fe en la democracia, una aptitud para servirla con dignidad y sabiduría. Las universidades del Estado, así como las otras modalidades del sistema escolar, son instrumentos en el desenvolvimiento de generaciones capaces de defender y perfeccionar los principios en que descansan las instituciones políticas, sociales y económicas. No sólo deben considerarse Alma Mater de los estudiantes y egresados, sino también del país en general.

El CSUCA, al unir a las universidades del Estado, las fortalece en la misión que deben cumplir en sus respectivos países, constituye una verdadera familia, una hermandad de la más noble estirpe, de la más alta y benemérita entidad. Año tras año cientos de egresados se incorporan a las actividades nacionales, y llevan a éstas las actitudes, las ideas y los conceptos formados a lo largo de los años de estudio. Por eso, las universidades en nuestros pequeños países, cuyo pasado no siempre es inspirador y estimulante, consti-

tuyen organismos vivos de donde surgen sentimientos nacionales, y se cultiva el amor a la patria y el respeto a sus semejantes. El CSUCA recoge en su seno las inquietudes de todas ellas, y contribuye a satisfacer por la ayuda común, las congojas de cada una en particular.

En esta cita histórica tan promisoriosa, en que después de analizar la obra realizada en tan poco tiempo, menos de tres años, encontramos que el haber es favorable, no podemos menos que pensar en lo que nuestros pensamientos y nuestras voluntades —así concertados en una sola humanidad y en una sola misión— pueden hacer de grandioso por el hombre y el pueblo de Centroamérica. Esta, poco a poco, ha dejado de considerarse mera expresión geográfica tierra de incompreensión, de espaldas y apetencias cruzadas, para tornarse —en lento proceso todavía— en tierra en donde la libertad, la dignidad, la verdadera justicia son bella floración de la cultura y de la vida. Si nuestros pueblos han sufrido y sufren las consecuencias de una larga historia de explotación y de maltrato, si la libertad en no pocos de nuestros meridianos es continente del espíritu aún por descubrir, si la dignidad humana la desconocen pueblos que viven encoivados sobre la tierra desde la cuna hasta la tumba, si millones de niños aún no saben lo que es un minuto de alegría, si por esos campos de Dios las mujeres prolongan su agonía en pesados trabajos, con los niños sobre la espalda, si la mayoría de nuestros hermanos carecen de pan, de techo y de abrigo suficientes para sentirse felices de pertenecer a estas patrias que se llaman a sí mismas democracias, si aún quedan muchos ciudadanos que no saben leer ni escribir, si, en una palabra, aún hay que trabajar mucho a favor de superior humanidad y de libertad para el pueblo, corresponde a las universidades educar a la juventud para que lleve mensaje de democracia a todos los rincones de nuestras patrias, y para que los profesionales no olviden a su pueblo y no fortalezcan los grupos que lo maltratan. La trilogía, en función de la cual debe educarse a los jóvenes, es educación, cultura, y democracia. La ciencia y la técnica, no sólo han de servir para impulsar el desarrollo económico de las naciones, sino también para elevar el nivel de cultura y de vida del pueblo.

Si el CSUCA ha enarbolado bandera alrededor de los Estudios Generales —y las universidades entusiastas aspiran a introducir hondas reformas en sus planes de estudios y contribuir así a formar legiones de hombres cultos y de talento versátil y de espíritu social—, no ha de hacerlo únicamente para dotar a Centroamérica de un nuevo tipo de señorito de la cultura, sino un hombre con mejor capacidad y sensibilidad para descubrir y servir a su pueblo, de orientarlo y dirigirlo hacia la conquista de un gran destino.

El CSUCA, he dicho, es un taller, y lo digo, no a manera de un cumplido o de ligera expresión literaria, sino como reconocimiento a la destacada labor desenvuelta por su Secretario Permanente, Doctor Carlos Tünnermann, y el equipo de colaboradores brillantes con que cuenta. Numerosas investigaciones se han venido realizando, sea en las propias oficinas centrales, sea por medio de institutos semi autónomos, orga-

nizados mediante la estructura de directivas y con secciones a cargo de expertos pagados por numerosas agencias internacionales unas de carácter interamericano, otras de carácter mundial y no pocas sostenidas por legados de ciudadanos norteamericanos como la Ford, la Kellogg, etc. En poco menos de tres años el CSUCA es uno de los laboratorios en donde se estudian y evalúan las experiencias pedagógicas de carácter universitario más interesantes que se realizan no sólo en Centroamérica sino también en el Continente Americano. Su seriedad, los métodos científicos que se aplican en el estudio de los programas en ejecución, así como los proyectos de aquellos que aspiran a ser llevados a la práctica han convertido al CSUCA en un organismo que ha desbordado en crédito y reputación los límites del área centroamericana, la cual sirve y en función de la cual trabaja, y empieza a ser empresa ejemplar del continente nuestro.

El programa de Estudios Generales ha merecido estudio muy cuidadoso, tanto en su concepción filosófico-educativa como en la manera de llevarlo a la práctica por la Universidad de Costa Rica desde 1957. Jornadas interesantes se han realizado con la presencia de magníficos líderes de la educación universitaria y de especialistas en este tipo de programas. Nos debemos, pues, sentir muy satisfechos de esta forma de meditar sobre la misión universitaria y sobre la manera de aplicar métodos científicos a la planificación y ejecución de los programas.

Los Estudios Generales es asunto que nos ha preocupado hondamente desde hace tiempo. Los enarbolamos como bandera de reforma desde 1950 por medio de un plan que redactó quien ahora dirige la palabra, por orden expresa del primer Congreso o Reunión de CSUCA, verificado en la Universidad de Costa Rica, bajo la Presidencia del Rector Lic. Fernando Baudrit. En esos años nos pronunciamos en el sentido de que los Estudios Generales debían contituir una unidad en la estructura de los planes así como en el grupo de profesores. Ahora, para complacencia nuestra, las investigaciones o evaluaciones llegan a ese antiguo punto de partida.

Los resultados son halagadores, magníficas experiencias, analizadas por distinguidos universitarios de los Estados Unidos, de Europa y por compañeros de trabajo, servirán de guía a las hermanas Universidades de Centroamérica para intentar la reforma. Ese comunicarse propósitos, estructuras, contenidos científicos, procedimientos didácticos, actitudes de los profesores y de estudiantes, en una palabra, empresas educativas, tiene hondo significado en la planificación de la enseñanza universitaria del Istmo Centroamericano. Tal grado de comunicación de intercambio de experiencias y de resultados es una de las muchas ventajas derivadas de la existencia del Consejo Superior Universitario Centroamericano.

El ejemplo dado al mundo universitario de América por las pequeñas universidades de Centroamérica nos da orgullo, porque hemos demostrado que la unidad creadora no sólo estimula el mejoramiento de la enseñanza sino que también nutre y cimenta dinámicamente la conciencia de nuestra República Universitaria Centroamericana.